Fotografía: Stock.XCHNG

Cuerpo y subjetividad en estudiantes de la escuela secundaria

Body and subjectivity in high school students

Martha Graciela Arias Rey | Adriana Mora Anto | Manuel Roberto Escobar Cajamarca (director)

Artículo recibido 25 de octubre de 2012 | Artículo evaluado 22 de marzo de 2013

pp. 128 - 151

Resumen

Se buscó comprender los significados que los y las jóvenes estudiantes de dos instituciones de educación secundaria de carácter privado y público, ubicadas en dos ciudades del país y con distinto credo religioso, construían alrededor de su cuerpo, a partir de entrevistas y un grupo de discusión que fueron contrastados con la opinión de algunos docentes. Se concluye que las escuelas representan dispositivos de poder destinados a adiestrar los cuerpos, de modo que cumplan con las expectativas y necesidades sociales, haciéndose disciplinados y productivos, a través de dispositivos pedagógicos como el llamado de asistencia, el control de los horarios de llegada, la pesquisa sobre el uniforme, el rechazo a las expresiones de afecto entre personas del mismo sexo, la crítica sobre la apariencia personal y, especialmente, la vigilancia sobre el cumplimiento de las normas.

La convivencia se ordena en función de medidas disciplinarias frente a las faltas y la fijación de formas de comportamiento concretas; no someterse a ellas, implica ser considerado rebelde, diferente y correr el riesgo de ser expulsado por transgresor. Una escuela que privilegie lo académico sobre lo corporal minimiza la posibilidad de construcción de relaciones de alteridad, de allí que sea necesario volver la mirada a la forma como se configuran las relaciones humanas en la escuela, mediante las palabras, las miradas y las posturas, de modo que la participación de unos y otros, reinterprete el sentido de la formación educativa y el desarrollo humano.

Palabras clave

Cuerpo, escuela, poder, subjetividad, biopolítica, tecnologías de yo, sistema sexo–género, jóvenes.

Abstract

We sought to understand meanings and young students of two private and public secondary schools, located in two cities of the country (Colombia); with different religious creed, built around his body. Interviews and a discussion group were developed which were contrasted with the views of teachers. We concluded that schools represent power devices intended to train bodies, so that they fulfil social needs and expectations and they can become productive and disciplined people through pedagogical mechanisms such as control of arrival times, checking uniforms, rejection of affective expressions between people of the same sex, critics about personal appearance and, especially, the surveillance on the compliance.

Coexistence is based on disciplinary measures against misconduct and the establishment of forms of behavior. Not to submit to them implies to be considered rebellious, different and there is a risk of being expelled by offender. A school that privileges academically on the body minimizes the possibility of construction of relations of alterity. That is why it is necessary to look how relationships are constructed at schools; a way to do it is through words, looks and postures so that the participation of others reinterprets the meaning of educational training.

Keywords

Young movilization and organization, political subjectivity, pedagogical device, politic subject, young farmers.

Nuestra existencia es corporal, pues no tenemos cuerpo, sino que somos cuerpo, lo que implica que nuestras vivencias corporales se forjan a lo largo de la vida en los espacios y escenarios por los que transitamos, configurando el entramado social de quienes somos. Este entramado social se teje en la interacción con otros cuerpos, con otras personas e instituciones significativas, por ejemplo, la escuela, donde los ejercicios de poder de profesores y directivos, hombres y mujeres, representan formas de disciplinamiento sobre el cuerpo, en los que la mirada, las impresiones, las posturas y los gestos de otros envían un mensaje sutil acerca de quiénes somos, prescribiendo nuestras acciones, pero también formas de resistencia y oposición.

A lo largo de nuestra vida, diversas formas de organización social contribuyen a la creación de hábitos cotidianos que adquieren un carácter de verdad, gracias al ejercicio de las relaciones de poder y de la forma como este circula en la dinámica escolar y social, pues "el poder no se tiene, sino que se ejerce", de modo que la obediencia a la autoridad aumenta la capacidad de disciplinamiento corporal y de autorregulación individual, en muchas ocasiones, en desmedro de la capacidad reflexiva y crítica de los jóvenes. La sutileza con la que operan los dispositivos de control social e institucional representa un reto importante para el estudio de la corporalidad, toda vez que la captación de su influencia en los cuerpos se aprecia más en los códigos no verbales (gestos, expresiones, ademanes y posturas), es decir, más allá de la mera verbalización de experiencias que pueden responder a los mismos mecanismos de sujeción social. Este control social surte efecto en distintas escenarios de la vida cotidiana, como la familia, la escuela, los pares, la calle y los medios, a través de las prácticas deportivas y lúdicas, la sexualidad, el rol de género, el ideal estético, el estilo de vida y las normas que regulan la convivencia; son este conjunto de aspectos los que despiertan interés por la forma como los jóvenes estudiantes de *enseñanza media vocacional* de dos instituciones educativas, una de ellas oficial y aconfesional y la otra privada y confesional, ubicadas en diferentes ciudades del país, conforman y expresan su corporalidad.

Actualmente, presenciamos cambios importantes en las formas de interacción social entre los jóvenes estudiantes de colegios privados y públicos, religiosos y no religiosos, cuestión quizás relacionada con los cambios en el modelo tradicional de familia y la ruptura de las relaciones de pareja que transforma el ambiente familiar de niños, jóvenes y adultos que, en muchos casos, afrontan una proyección personal futura incierta o con mayores dificultades; al mismo tiempo, la apropiación irreflexiva de actitudes consumistas parece acentuar la indiferencia de algunos jóvenes que no encuentran oportunidades de desarrollo personal. Muchos de los comportamientos y actitudes de los jóvenes continúan inquietando a los adultos, al igual que en épocas pasadas, pero tal vez ahora lo que más inquieta son las cambiantes formas de expresión de la sexualidad, la androginización del comportamiento, los embarazos a edades tempranas, la violencia entre los jóvenes y el aparente desinterés y apatía de algunos de ellos en cuestiones de participación social y política.

Corresponde a la escuela la formación de sujetos sociales, es decir, promover procesos de construcción de un individuo autónomo

en razón a que se encarga de la formación de esquemas de interpretación de lo político, fundados en una perspectiva de género, etnia y clase social, que actúan como referentes desde los que se concibe la realidad. No obstante, nos encontramos frente a una ausencia de esquemas para la interpretación que aseguren la estructuración de individuos y colectivos que construyan códigos interpretativos, que creen nuevas formas de relaciones sociales, que superen el individualismo y la política *lite* que neutraliza las tensiones que surgen con los nuevos procesos sociales y culturales.

Planteamiento del problema

Las relaciones de poder que se tejen al interior de la escuela constriñen la expresividad corporal y la realización humana, pues el cuerpo se escinde cada vez más cuando el entorno educativo privilegia la racionalidad y la producción del conocimiento a través de diversas formas de disciplinamiento corporal, que modelan el cuerpo joven, en algunos casos, mermando su sentido de crítica y participación social, aspecto que paradójicamente pretende promover el discurso escolar. De lo anterior, se desprende la inquietud por la forma como se presenta este cuerpo escolarizado, reflejo de propuestas educativas en las que convergen los énfasis que las instituciones otorgan a la formación, las prácticas pedagógicas sobre el cuerpo, el credo religioso que promulgan, las interacciones comunicativas con otros y, además, las condiciones socioeconómicas propias de la institución y sus estudiantes; de allí que se formulara la siguiente pregunta de investigación: *¿Cuál es el significado del cuerpo en jóvenes estudiantes de ambos sexos en una institución oficial de enseñanza técnico–comercial en contraste con jóvenes estudiantes de sexo femenino en una institución privada de enseñanza clásica?*

A pesar de que la calle y los medios representen escenarios importantes de socialización, consideramos que la escuela sigue teniendo la misión de ofrecer un proyecto de formación que ayude a alcanzar tal plenitud de sentido, recurriendo a prácticas que posibiliten la formación de un cuerpo activo, participe y autónomo, con capacidad de decisión, más allá de las diferenciaciones impuestas por una socialización diferencial de género, pues como explica Laqueur (1990), las diferencias mismas de género son construcciones culturales basadas en supuestas diferencias biológicas entre sexos, que también son creaciones del discurso científico. De allí que esta investigación se interesó por establecer una comparación en la que cuerpo, juventud y escuela fueron analizados, considerando que se tenían dos escenarios urbanos y contextos socioculturales diferentes. Las instituciones educativas elegidas correspondieron a dos colegios de educación secundaria, uno de ellos de carácter privado–confesional que se dedica a la formación de jóvenes mujeres, residentes en los estratos cuatro y cinco, y el otro, de carácter oficial–aconfesional y dedicado a la formación de jóvenes de ambos sexos, residentes en los estratos dos y tres. Otro aspecto que diferenció a estas instituciones fue su énfasis formativo, dado que en una de ellas, era bachillerato académico con énfasis investigación escolar, mientras que la otra era bachillerato técnico-comercial.

Objetivos

Esta investigación se propuso como objetivo fundamental comprender los significados que los y las jóvenes estudiantes de dos institu-

ciones de educación secundaria de carácter privado y público de Bogotá y Cali albergaban sobre su cuerpo como expresión de subjetividad. Por ello, fue necesario identificar las expresiones de la corporalidad presentes en los y las jóvenes estudiantes y la forma cómo los mecanismos y dispositivos institucionales promovían o constreñían la expresión de su subjetividad.

Referentes conceptuales

Pensar en el cuerpo siempre nos remite a rastrear la emergencia del concepto biopolítica como una forma de (ejercicio del poder), esto es, el estudio de las prácticas sociales en relación con el cuerpo, de su disciplinamiento y control, pero también de oposición y resistencia como formas de expresión, vinculación y participación social. Estas reflexiones teóricas sobre el cuerpo tienen su cimiento en el pensamiento filosófico y antropológico, desde la antigüedad hasta la época actual.

En la modernidad, la fragmentación de lo humano se ligó a la concepción de la objetividad promulgada desde el pensamiento científico como garantía de certeza para la construcción del conocimiento verdadero; de allí que fuera necesario separar el cuerpo del alma (control), pues lo que proviniese del cuerpo sería fuente de sesgo y de error, restando objetividad al conocimiento. Como consecuencia de ello, la subjetividad se ligó a la corporeidad, representando un riesgo que debía ser eliminado, reducido o controlado. En este sentido, Foucault se interesó en el estudio de la microfísica del poder sobre el cuerpo y la macropolítica de vigilancia sobre las poblaciones, enfocándose en el análisis de las instituciones como dispositivos de control social. El recorrido que hizo Foucault por sobre la historia de las instituciones es comentado por Pabón (2002), quien describe los momentos más importantes en relación con el desarrollo del cuerpo disciplinado, del cuerpo que resiste, del ejercicio del biopoder.

Pabón (2002) recuerda que Nietzsche define el cuerpo como el resultado de la relación entre fuerzas activas y reactivas, entre fuerzas afirmativas y negativas de relación con la vida, siendo afectado de diversas formas que lo separan de su poder afirmativo, esto es, de su capacidad creativa y transformadora, exigiéndole ajustarse a formas estereotipadas culturalmente. La negación y anulación a la que es sometido conduce al desconocimiento de la potencia del propio cuerpo, de lo que se es capaz de hacer. Un cuerpo que no cree, que no siente, que se torna indiferente, que no deviene porque no tiene memoria, ni reconoce su historia y sucumbe al ejercicio del biopoder, en singular.

La negación del cuerpo representa una forma de violencia que anula el cuerpo y la subjetividad, por lo que solo en la autoafirmación del cuerpo es posible la construcción de una nueva subjetividad y nuevas formas de relación. En consecuencia, más allá del poder desplegado por las instituciones, el poder reside en cada cuerpo, en cada individuo que es, al mismo tiempo, dominador y dominado (Pabón, 2002). Foucault (s.f.) dice que es posible identificar formas claves en las que el cuerpo es dominado: Una primera, cuando se asume la creencia de ser a imagen y semejanza de Otro, de un Dios supremo, como principio de control exterior y enajenación de sí mismo. Una segunda, cuando se reconoce el discurso científico, institucional–estatal y económico–productivo como legitimador de la vida, al tiempo que se pasa del Dios al conoci-

miento científico, como dispositivo de control que dociliza y disciplina el cuerpo.

En la actualidad, sin embargo, los discursos han hecho crisis, ya no existen referentes disciplinares, materiales o divinos, ya no existe un poder soberano que castigue o un poder estatal que controle, pues ahora, lo que se ejerce es el biopoder o control sobre la vida (Pabón, 2002, p. 56). El poder y las relaciones de poder son propias de la existencia humana, pues *necesita* de otros cuerpos para existir, para ser, e incluso para sobrevivir. No puede el ser humano, ser y existir sin los otros cuerpos, a los cuales necesariamente *utiliza*, manipula o succiona medios para su subsistencia. No sería entonces imposible afirmar que el cuerpo es poder en su esencia.

Habitualmente, consideramos el poder como un asunto ligado a la normatividad jurídica e institucional y como Foucault (s. f.) lo advierte, se trata de una definición que lo legitima, lo masifica y lo universaliza. Nuestra racionalidad política obedece pues a razones históricas, más allá de lo evidente, siendo necesario auscultar en los mecanismos de la economía política que hemos aceptado. La violencia se naturaliza allí, donde no se ejerce la resistencia. Los mecanismos del poder no se conocen desde dentro de su lógica interna, sino de la forma como las estrategias antagonizan, como lo dice Foucault (s. f.), como formas de luchas universales, el poder del hombre sobre la mujer, el del padre sobre los hijos, el de la psiquiatría sobre los enfermos mentales, el de la medicina sobre la población, el del maestro sobre el estudiante y el de la administración sobre el estilo de vida de las personas. Estos enfrentamientos no están a favor o en contra de los individuos, sino de aquello que les niega el derecho a ser diferentes y a conformar una vida comunitaria, condenándolo al *gobierno de la individualización*, a la competencia y la clasificación ligada al acceso al conocimiento científico, como pretensión de verdad. Lo que se cuestiona son las tecnologías del poder, las tecnologías del Yo que crean sujetos individuales, sujeto a otros por control y dependencia, constreñido a su propia identidad, a la conciencia y a su propio autoconocimiento.

El análisis de las relaciones de poder ejercido por las instituciones, como la escuela o la familia, comporta ciertas dificultades. En la institución escolar, por ejemplo, García Canal (2010), retomando lo dicho por Foucault, sugiere que el análisis de las relaciones de poder institucional se centre en sistemas de diferenciación de roles, jerarquías, ubicación espacial, capacidad económica, conocimientos y destrezas que distinguen a las personas de la institución; el tipo de objetivos que persiguen las personas en la institución y frente a los que despliegan sus ejercicios de poder y la normatividad y las expresiones en el discurso, además de la estructura organizativa de la escuela y formas del ejercicio de la autoridad.

La escuela surge como la institución responsable del aprendizaje de la normatividad social que será administrada de acuerdo con las necesidades de mantenimiento y sujeción a la pirámide social. La máxima represión y el mínimo saber corresponden a los pobres. La figura del maestro se convierte en una respuesta a la necesidad de la formación de profesionales dedicados a su educación y ante esta demanda, las órdenes religiosas fueron las primeras en preocuparse de su formación, en las que aparece como modelo de virtud que pretendía superar el castigo físico corporal (Varela y Álvarez, 1991). En consecuencia,

la escuela hace acopio del programa político del Estado destinado a mantener el control social, a través de dispositivos y formas de ejercicio del poder mediante los cuales la educación adquiere su papel fundamental: naturalizar un determinado orden; esto es lo que se ha conocido siempre como currículo oculto, que indica a los estudiantes cuál es su papel en el escenario de la institución educativa. A este fenómeno de réplica de la sociedad en la escuela, Bourdieau y Passeron (1977) lo denomina "reproducción cultural", para referirse a la forma como las escuelas contribuyen a perpetuar las desigualdades sociales mediante el aprendizaje de valores, actitudes y hábitos.

En relación con la formación educativa de los jóvenes, por ejemplo, el proyecto "Atlántida (1995): un estudio sobre el adolescente escolar en Colombia", concluyó que para los jóvenes el cuerpo se expresa y ocupa un primer plano para ser admirado, exaltado, tocado y disfrutado, de allí se desprende que el goce del cuerpo esté en las sensaciones límites y en los excesos que escapan a las convenciones adultas. En Cali, Gómez y González (2003) analizaron las narrativas que jóvenes de clase media y alta construyeron respecto a su cuerpo, señalando que las políticas públicas y sociales conducen a que la juventud adquiera el carácter de una configuración institucional, respaldada en criterios académicos, científicos, jurídicos y políticos que los medios de comunicación difunden, de modo que terminan por convertirse en nuevos dispositivos de influencia en la construcción del cuerpo joven. En Bogotá, Benítez *et al.* (2007) desarrollaron un proyecto de investigación acerca de cómo los sujetos vivían la cotidianeidad escolar y cómo habitaban los espacios de la escuela, expresando que es difícil encontrar dos palabas más disociadas y contradictorias que cuerpo y escuela, pues la preocupación institucional es el control, enfocado en la relación cuerpo–saber que se manifiesta en la interiorización del autocuidado corporal. Al respecto, anotan que en la escuela "prevalecen formas de transmisión donde todo se dirige a la disposición intelectual de la mente para *conocer*, no se aborda el cuerpo sujeto como el eje vital y potencial del ser humano y con el cual percibe, siente, actúa y expresa el mundo" (p. 16).

Los estudios anteriores convergen en plantear que el interés estatal en la educación integral de los individuos ha de centrarse en el análisis de la construcción de prácticas pedagógicas artísticas y lúdicas que favorezcan la creación de nexos entre el mundo interior y el mundo exterior y, por ende, del cuerpo en conexión con la vida. Territorio, proxemia y cinesia conducen a que el cuerpo sea el referente a partir del cual se organiza el mundo, lo que significa que el cuerpo no se piensa, no se representa, sino que se vive con un sentido y una intencionalidad que demuestra su potencialidad para comunicarse con los demás, socializar y transformar el mundo, razón por la que nuestra propuesta se concibe en función de los significados del cuerpo joven y de la forma como la escuela posibilita la conexión entre las emociones, la capacidad reflexiva, la actitud crítica y la ética de los y las jóvenes.

En este sentido, Sarmiento y Bello (2008) analizaron el lenguaje del cuerpo y la comunicación como espacio para la convivencia como parte de un proyecto de intervención frente a las manifestaciones de violencia escolar en un colegio oficial del Distrito Capital; este proyecto invitó a repensar la mirada que, desde la pedagogía, se hace del cuerpo de los estu-

diantes y como esta construye la percepción que ellos crean de su cuerpo. Una de los logros más importantes de esta propuesta fue posibilitar la conexión entre las emociones y la capacidad creativa de los participantes, destacando como conclusión más significativa que para los jóvenes hacerse marcas en el cuerpo, operarlo y negarlo en Internet representaba la posibilidad de tener una imagen corporal positiva y que el cuerpo era un valor que era necesario preservar y mantener, todo ello acentuado por los medios de comunicación. Estos investigadores señalaron la necesidad de continuar pensando el papel del cuerpo en la sociedad y de desarrollar una pedagogía del cuerpo simbólico, dado que la experiencia del cuerpo ya no es solo física, sino que se puede virtualizar e incluso modificar a voluntad a través de las cirugías estéticas.

En consecuencia, el proceso de socialización en la familia, los pares, la escuela, la calle y los medios impone un sello a la vivencia del cuerpo, sancionando aquello que es adecuado e inadecuado a través de mensajes simbólicos que lo presentan como algo inacabado, incompleto e imperfecto que solo alcanza su estado ideal cuando se adapta a las exigencias familiares o institucionales y las hace propias. A pesar de que la calle y los medios representen escenarios importantes de socialización, consideramos que la escuela sigue teniendo la misión de ofrecer un proyecto de formación que ayude a alcanzar tal plenitud de sentido, recurriendo a prácticas que posibiliten la formación de un cuerpo activo, participe y autónomo, con capacidad de decisión, más allá de las diferenciaciones impuestas por una socialización diferencial de género, tal como lo explican las investigaciones anteriores.

Moreno (2009), a propósito de su investigación acerca de los dispositivos de sujetación en la escuela, afirma que en la cultura escolar se identifican rituales que constituyen prácticas de intervención pedagógica de lo corporal, en las que lo deportivo y lo académico se entremezclan con lo lúdico y la disciplina "que aspira a transferir a la dinámica de la vida ciudadana". De esta forma, las prácticas pedagógicas corporales se desarrollan a través de ritos de iniciación, de resistencia, de instrucción, de santificación, de graduación, de confirmación o de despedida en los que la movilidad, dinamismo o estatismo del cuerpo se reafirman mediante el uso social del tiempo y el espacio y el sentido de pertenencia social que promueven, de allí que nos interese la comparación entre dos contextos institucionales diferentes, tanto por tratarse de la educación secundaria pública y privada como por tener un credo religioso distinto y formar a jóvenes de igual o diferente sexo.

La escuela se muestra como domesticadora de cuerpos, de mentes, con el fin de conservar el orden social, pero también quizás con la posibilidad de cuestionarlo y reenfocarlo. Esta indagación acerca del lugar relación cuerpo, subjetividad y poder, representada en la escuela, se justifica si se tiene en cuenta que se trata de una reflexión acerca de lo político del cuerpo, dado que somos cuerpos hechos de historia, memorias y experimentos corporales que se entretejen por generaciones, cuya dimensión política se remite a *las relaciones de poder* como marco para la configuración de las subjetividades, de las cuales el cuerpo es su expresión *encarnada*.

Método

Se trató de modalidad cualitativa de estudio, teniendo en cuenta que se trataba de comprender los significados atribuidos a la expe-

riencia corporal desde la perspectiva de los jóvenes entrevistados, de acuerdo con los señalamientos de Dussel (2007) y Cuestas y Muriel (2007). La perspectiva fenomenológica se consideró la más apropiada para el estudio de la corporalidad en 14 jóvenes entre 16 y 19 años de edad, doce mujeres y dos hombres, todos ellos estudiantes próximos a finalizar sus estudios de bachillerato en dos instituciones ubicadas en Bogotá y Cali, quienes aceptaron participar en forma voluntaria.

Las instituciones participantes fueron una entidad educativa religiosa de carácter privado, que ofrece formación en bachillerato clásico a mujeres provenientes de estratos cuatro y cinco en Bogotá, en contraste con una institución educativa técnico–comercial de carácter público con formación técnico–comercial a la que asisten jóvenes de ambos sexos, provenientes de estratos uno, dos y tres en Cali. Adicionalmente, se observaron las clases de danzas, teatro y educación física, además de entrevistar a siete estudiantes en cada institución y a docentes de educación física, teatro, danza, junto con las coordinadoras de convivencia institucional.

Resultados

El análisis de las respuestas a las entrevistas permitió organizar la información de acuerdo con las siguientes categorías:

Rutinas y expresiones de la corporalidad en la escuela: "ocupa tu tiempo, ordena tu mente y silencia tu cuerpo"

El primer dispositivo a través del que se interviene el cuerpo en la escuela es el uniforme. Este representa una imposición adulta en la medida en que son ellos quienes deciden su diseño, sus medidas, sus colores e incluso prescriben el corte y el peinado del cabello que deben usar, además de prohibir otros adornos y accesorios; no obstante, el uso del uniforme provoca reacciones ambiguas entre las jóvenes estudiantes de ambos colegios, ya que, si bien lo consideran una imposición, también reconocen que les evita preocuparse por la forma de vestir, o como lo señalan, "les evita pensar en qué ponerse y preocuparse por la presentación personal", lo que muestra que tal preocupación es una forma interiorizada de autodisciplinamiento corporal que no se cuestiona.

En el instituto técnico–comercial, uno de los mecanismos de interiorización del uso del uniforme es que sea una falda *bonita,* que mantenga el imaginario femenino acerca del cuidado y el pudor del cuerpo y de forma imperceptible, del control del movimiento y la expresión femenina y su consecuente docilización. Las jóvenes, por ejemplo, califican su uniforme en términos de su belleza, mientras que cuestionan que los jóvenes no sean limpios, aseados y pulcros con el uniforme; aquí se sostiene la creencia de cuidar el cuerpo y mantenerlo limpio como una forma de autodisciplina.

En cuanto a la expresión corporal en la escuela, las jóvenes se refieren al uniforme indicando cómo se debe usar para mostrarse pudorosas, como corresponde al ser femenina, aprendizaje que realizan a través de las permanentes intervenciones y controles de sus profesoras y de la intervención de sus madres y hermanas mayores; en este sentido, el uso de una licra bajo la falda se convierte en una prenda indispensable que salva de mostrar su cuerpo en una caída, de la burla a la que se expondrían e incluso de ser consideradas poco pudorosas, pues como dicen

algunas de ellas, "hay que ser una dama", o uno de ellos, "las mujeres tienen que ser pudorosas", y una de sus profesoras, "no ser mostronas".

En contraste con ello, algunas jóvenes del colegio privado consideran que el uniforme representa una forma de cohibirlas, pues se trata de no permitirles usar su propia ropa o el cabello en la forma que prefieren. La necesidad de definirse por sí mismas, sin tener que adoptar una vestimenta o unos modales que prescribe la urbanidad escolar hace que experimenten que se las trata de *homogeneizar* o masificar y se les niegue la oportunidad de ser diferentes, de ser ellas mismas.

Entre los jóvenes estudiantes de la institución técnico–comercial sucede algo similar. Como parte de la expresión corporal, estas jóvenes objetan la forma como el uniforme confunde y muestra sus cuerpos y, además, no permite que ellas sean diferentes. No obstante, tal cuestionamiento no escapa a la creencia de que la apariencia física y la presentación corporal respondan a un ideal estético tradicional, del que el uniforme no está exento.

El disciplinamiento corporal de la mujer pasa no solo por la norma institucional o el control adulto, sino por los propios compañeros y compañeras del mismo grupo. Al respecto, por ejemplo, son los mismos hombres los que intervienen, expresando que "las mujeres deben preocuparse por usar el uniforme, deben usar prendas que estén de acuerdo con el color del uniforme", en tanto que los hombres no se deben preocupar por ello porque son más "relajados", apreciación que nos preguntaríamos si termina por hacerse extensiva a otros dominios de la vida cotidiana de jóvenes y adultos.

La posibilidad de que el uniforme sea una falda jardinera mencionada por una sola de las participantes es rechazada porque sus compañeras consideran que el uso de la falda es propio de damas. Este ejemplo muestra cómo el autodisciplinamiento se transforma en la crítica femenina acerca de la propia femineidad que responde a un pensamiento binario y excluyente.

Las rutinas corporales dentro de la escuela, sin duda alguna, se circunscriben y limitan en función del espacio por el que las y los jóvenes circulan, pero se automatizan con el establecimiento de un horario, primera actividad con la que se inicia cualquier rutina educativa y el segundo de los dispositivos identificados.

Entre las jóvenes estudiantes de la institución educativa privada, sus jornadas diarias están organizadas alrededor de sus actividades escolares, incluso los fines de semana. De igual forma, los escenarios en los que transcurre su vida social se limitan al hogar, la escuela y la calle, generalmente acompañadas por sus padres, con excepción de los momentos en los que se encuentran en la escuela; de allí que el espacio escolar del que más disfruten sean las canchas deportivas, en las que sienten que su cuerpo puede moverse con libertad. No obstante, entre las estudiantes de esta institución también se registra la posibilidad de mantener cierta autonomía con respecto a sus padres, que parece estar dada por el distanciamiento que supone la vida laboral de ellos.

Entre los estudiantes del instituto técnico–comercial, el horario y el espacio escolar adquieren el mismo carácter regulador.

Sin embargo, al horario escolar se suman los horarios de otras actividades, como cuidar niños, hacer oficios, ayudar en los negocios de la familia, especialmente en el caso de las mujeres; en cuanto a los espacios de interacción escolar, son pocos y estrechos, por lo que es notorio el hacinamiento, lo que provoca apatía, agotamiento y desinterés, especialmente cuando asisten a las actividades deportivas.

Expresiones corporales en la escuela: "cadera derecha… cambio de cadera… ¡hagan como si tuvieran cadera!" (clase de educación física)

El contraste entre las prácticas deportivas, teatrales, dancísticas y artísticas revela un marcado contraste entre ambas instituciones. La institución de educación privada dispone de espacios, recursos y prácticas pedagógicas enfocadas en la formación del cuerpo que son disfrutadas por las estudiantes, en tanto los estudiantes del instituto técnico–comercial no cuentan con los escenarios deportivos necesarios ni con los maestros que se responsabilicen de estas actividades de formación.

La práctica de deportes como el fútbol y el voleibol es disfrutada por las participantes, quienes, sin embargo, sienten que el control adulto es enorme, pues siempre les están indicando qué hacer y no hacer con su cuerpo, en especial controlando las expresiones de afecto entre las jóvenes que llegan a experimentar temor por ser calificadas como lesbianas o por tener que simplemente cohibirse de expresar lo que sienten en el momento.

Actividades como el teatro, la danza y la música, sin embargo, son experimentadas como oportunidades para expresarse con libertad, representar aquello que no son o desearían ser, sin la censura o restricción que impone el control adulto y, muy especialmente, la mirada vigilante que se ejerce en nombre de las normas de urbanidad y buenas costumbres. No obstante, la energía y vitalidad que algunas le imprimen a sus actividades corporales parece relacionarse con la necesidad de mantener un cuerpo que responda a los ideales estéticos tradicionales. En el fondo de sus apreciaciones, sin embargo, se advierte el deseo de escapar al control adulto, como una forma de ganar autodeterminación, de no masificarse y asumir un estilo de vida libre e independiente, así sea en soledad.

En contraste con lo anterior, las prácticas deportivas y dancísticas en el instituto de educación técnico–comercial son pocas y, además, no tienen clases de teatro. El espacio escolar es muy pequeño, son cuarenta estudiantes en cada salón y no tienen espacios deportivos. Sus clases de educación física deben ser en las canchas comunales del barrio; en algunas ocasiones, ocupadas por otros grupos de jóvenes del sector que consumen marihuana, antes de jugar fútbol.

Las expresiones corporales son restringidas y se relacionan más con el baile, algo que las jóvenes de este colegio disfrutan. Las estudiantes y profesores comentan que cada año, el profesor de educación física les pide una coreografía que ellos mismos planean e incluso costean las clases de otro profesor de baile que les ayude a prepararlas, y con la ayuda de los padres de familia, crean el vestuario de la actividad. Este tipo de prácticas de baile de salsa, merengue, reguetón y bachata debe guardar las normas de decoro que supone el comportamiento para las mujeres, de acuerdo con las participantes.

En cuanto a las expresiones motrices, la actividad física y deportiva de la clase de educación física, estas parecen asociadas con una rutina impuesta más que con el goce del cuerpo y, sobre todo, con una rutina molesta que las fatiga y deja sudorosas, cosa que les incómoda. Como declara el profesor de educación física en la clase, "¡como si tuvieran cadera!", como si el cuerpo fuera de ellos, les perteneciera y se respetara.

Las expresiones de afecto entre los jóvenes del colegio público son mayores; sin embargo, ellas conservan la restricción y el pudor que la cultura impone a una mujer que se hace respetar y se muestra afectuosa y también solidaria. Esta concepción del cuerpo femenino está acentuada por las creencias que inculcan las madres y las que aprenden de las profesoras, quienes les hablan de cuidar su presentación personal, la limpieza de su uniforme y la compostura que supone el uso de la falda, además de ser mujeres solidarias con los demás.

En este marco de ideas se configura la imagen corporal de la mujer, en la que se identifican apreciaciones respecto al propio cuerpo que responden a los estereotipos tradicionales. El cuidado de sí misma, la disciplina personal y el servicio a los demás son cualidades que todas las entrevistadas atribuyen a la mujer en el caso de esta institución; estas cualidades se consideran importantes para el acceder a un empleo, incluso.

El concepto de belleza femenina es importante, pero parece desplazarse al de la belleza interior, creencia que se acentúa con el uso juicioso del uniforme escolar, los valores que inculca la madre y las creencias religiosas familiares, en aquellos casos en los que la familia permanece unida. Además, entre las jóvenes se evidencia la preocupación por la apariencia personal y por corresponder a un ideal estético instituido socialmente. La idea de la belleza corporal emerge como la resultante de un modelo que se ciñe a las expectativas sociales para ambos sexos y en la creencia de que en ella radica la posibilidad de sentirse atractivos sexualmente y ser deseados.

La preocupación por su apariencia física también pasa por estar a la moda; aquí llama la atención el hecho de que esto se asocia con parecerse a los demás, o sencillamente, tener un estilo propio y diferenciarse de los demás, sabiendo lucir lo que se tiene. En el caso de la mujer, estas creencias respecto al ideal estético y al comportamiento, por ejemplo, repercuten en la vivencia de la sexualidad y en el inicio de ella a edad temprana, con una importante dosis de romanticismo e idealización de las relaciones de noviazgo.

No obstante, la influencia de la rutina escolar provee a las jóvenes de otra concepción de sí mismas, pues se advierte la preocupación por sus logros académicos y éxito en sus estudios. Además, hay que anotar que estos jóvenes de escasos recursos ven en la educación secundaria una alternativa para ingresar a la universidad y mejorar sus condiciones de vida.

Expectativas de rol de género

Estas dos expresiones constituyen un ejemplo de las opiniones de los jóvenes entrevistados: "no me disgusta ser mujer, aunque siento menos libertad que si fuera hombre" (mujer, 16 años, Bogotá); "hay un dicho que dice: por ser gallo fino, ya está en el cementerio, pero por ser gallina todavía sigue vivo" (hombre, 16 años, Cali).

La construcción del imaginario acerca de ser mujer responde a diversidad de experiencias, tanto familiares como escolares, todas las que se refuerzan en la interacción cotidiana de la escuela. En el caso de las participantes del colegio privado católico, ser mujer se liga a la experiencia de cuidar de otro, de solidarizarse con la vida por la necesidad de ser reconocidas y aceptadas por su apariencia física, por su belleza y simpatía, por su esfuerzo por superar las dificultades y por la delicadeza en el trato con los demás. El ideal de cuerpo femenino que promulga la escuela también se mueve dentro de los cánones de delicadeza, buena presentación personal y mesura en su forma de expresarse; en este sentido, se espera que las expresiones sean cariñosas y conserven la femineidad y delicadeza, pero siempre con el temor a despertar comentarios de sus profesores o a que se ponga en duda su orientación sexual, en razón a la clasificación binaria de género que cuestiona no ajustarse a ello.

Las expresiones de afecto entre ellas y otras de sus compañeras son vigiladas y coartadas por la escuela. El deseo de ellas es liberarse de las ataduras corporales, de allí que reclamen que los roles femenino y masculino son iguales, defendiendo el espacio y las acciones de la mujer. Además, conciben que el afecto entre mujeres pueda expresarse con abrazos, pero no así entre los hombres. Algunas de ellas, cuestionan las relaciones afectivas entre mujeres o entre hombres, quizá por esa misma formación religiosa que reciben de sus familias y también de la escuela. Algunas de ellas, sin embargo, experimentan dificultades en torno a la aceptación y valoración de su propio cuerpo, dado que entran en contradicción con los estereotipos de belleza femenina tradicionales que la sociedad les propone.

Aparentemente, algunas de ellas luchan contra estos modelos de belleza femenina que se les imponen, pero anhelan tenerlos para sentirse a gusto con su propia apariencia. Esta lucha se acrecienta con la representación que tienen de la ropa como un signo de su corporeidad, lo que evidencia que el concepto de sí mismas se funda en lo que usan; en este caso, en las prendas que no pueden usar por cuestión del sobrepeso de su cuerpo. De lo anterior se desprende que sientan que los hombres son más libres que ellas y que la presión social sobre la mujer es muy fuerte, por lo que deben ocultarse para no ser objeto de censuras por no satisfacer las expectativas sociales.

En el caso de la institución técnico–comercial, las creencias acerca de lo que significa ser mujer y las expectativas de rol de género se ligan a la maternidad y el matrimonio. A estas expectativas se suma la presión de la exigencia escolar sobre los logros académicos, especialmente cuando se presenta un embarazo a edad temprana y la joven toma la decisión de abandonar sus estudios o no asistir a las jornadas de preparación para los exámenes de Estado, oportunidad que tanto estudiantes como profesores valoran en la medida en que representa la posibilidad de continuar estudios profesionales.

Los cuestionamientos acerca de ser mujer, por ende, se enfocan en las tareas del hogar y en el ideal de cuerpo femenino, dado a la formación de una pareja, la maternidad y la crianza de los hijos. Sin embargo, se presume que la maternidad deberá ser aplazada hasta alcanzar la formación secundaria básica para la obtención de un empleo.

La disciplina corporal femenina recae en el control del aumento de peso, en evitar *meter las patas* y no dejarse tocar de los hombres

para no quedar en embarazo. Prevalece la creencia de que el cuerpo femenino es saludable, virtuoso, disciplinado y laborioso, porque es de hombres tener sexo y corresponde a las mujeres, controlarse, decir que no les gusta –aunque quizás sea lo contrario–; reprimir su deseo como corresponde a una dama. Entonces, solo experimentan libertad con su cuerpo cuando bailan, cuando salen a una piscina o los llevan de paseo, porque en el colegio no existe libertad para expresarse.

La femineidad se asocia con la ternura, la amabilidad, el sufrimiento, el llanto y la lucha por salir adelante, mientras ser masculino se asocia con la indiferencia, el abandono y la soledad de las mujeres. En este sentido, las creencias acerca del rol de género masculino que comparten las entrevistadas se asocian con lo opuesto a la virtud femenina, motivo por el que encontrar un hombre que sea diferente es una satisfacción importante para cualquier mujer. La masculinidad representa la libertad de hacer lo que se quiere, a diferencia de las mujeres que deben luchar para salir adelante.

No obstante, se identifican también algunas voces de queja y crítica respecto a no ser tenidos en cuenta y que no se escuche su opinión tanto en la escuela como en la propia familia. Estas reacciones se acentúan cuando existe maltrato psicológico de parte del padre y cuando se sienten criticadas por no encajar en el ideal de estética corporal que la sociedad establece; en esta forma, aprenden a rebelarse contra la idea de ser dóciles y sumisas ante el maltrato y la injusticia, refugiándose en sus amigos hombres, los que no las cuestionan y aceptan que tienen una opinión diferente.

El cuerpo femenino maltratado se resiste a ser negado e inutilizado por su propia familia, pero lo paradójico de este caso es que ha aprendido a creer que solo hay maltrato cuando hay un golpe o un insulto de por medio. En esta forma, lo negativo de ser mujer radica en que son maltratadas porque hay hombres que las creen inferiores, pero también en tener que ajustarse a un ideal estético que las aleja de la norma y las acerca a otros jóvenes que también se rebelan en contra de ellas, con ellos aprenden que los hombres "son fríos, sin sentimientos y bruscos" cuando se refieren a las mujeres.

El cuerpo masculino, por su parte, enfrenta la necesidad de romper con la rutina y sentir que piensa y razona, en últimas, de demostrar que es capaz y comprobárselo a sí mismo. La necesidad de demostrar que se es competente en distintos sentidos pasa por el espacio escolar, de una forma muy particular, pues hay que demostrar que se tiene un cuerpo ágil y vigoroso como corresponde a los hombres, tal como sucede en las clases de educación física. En estas clases no se pone en duda la capacidad para aprender, sino para responder como lo debe hacer un hombre.

En esta forma, aprenden que ser hombre es sentirse independientes y libres, al lado de otros hombres en compañía de quienes aprenden que ser joven y ser hombre equivale a inspirar desconfianza, a transgredir las normas sociales, como una forma de demostrar que se tiene poder para desafiar el control social adulto; casos en los que el consumo de drogas representa una forma de evasión de una realidad que los presiona para demostrar que son superiores. En contraste con lo anterior, ser mujer equivale a expresar afecto, sufrir y ser menos que los hombres; ellas tienen que experimentar los dolores de la maternidad, lo que demuestra su desven-

taja biológica. Además, las mujeres se critican y rivalizan entre ellas, no expresan lo que sienten en forma directa y se muestran rencorosas, lo que no sucede con los hombres.

De otro lado, entre los jóvenes con escasos recursos económicos, los espacios de interacción social se restringen. Las oportunidades de vincularse con otros grupos sociales son mínimas en razón a que el entorno no se las ofrece o tienen altos costos para ellos.

Formas de resistencia y oposición a la intervención de la escuela en la forma de experimentar su sus cuerpos

Los testimonios de dos de los jóvenes en Cali constituyen ejemplos del ordenamiento que impone el sistema sexo–género, clasifica los cuerpos y los somete a su propia forma de disciplinamiento por temor a la sanción social. Las actividades en la clase de educación física constituyen pruebas en las que deben demostrar que son ágiles y resistentes, cualidades que se espera de un hombre.

En relación con las expresiones del cuerpo en la escuela, este joven expresa claramente la negación que el salón de clase hace de su cuerpo, pues la organización y la limpieza se imponen como una norma, cuestión que se expresa en el llamado de atención, el regaño y la calificación del adulto, sin que exista una discusión o un acuerdo sobre el tema, pues lo estrecho del horario escolar restringe toda posibilidad de discusión.

Al referirse a su cuerpo, se advierte el influjo que las expectativas sociales tienen en él, pues le preocupan su estatura y su peso corporal; estas características físicas se acompañan de una actitud personal amistosa que ha aprendido de su padrino. Este joven considera que comportarse como hombre supone ciertos límites en la expresión de afecto, pues como él dice: "los hombres nos la llevamos bien... pero no somos de abrazo, sino que nos damos la mano o nos ayudamos", cuestionando la pretensión de valentía que a muchos otros jóvenes les ha provocado la muerte. Las apreciaciones de este joven muestran una forma relativamente diferente de asumir la masculinidad que parece relacionarse con el sentido de competencia personal, de capacidad y sentido de la palabra y el honor, que se resiste a la violencia.

Por su parte, la joven afirma que no es muy expresiva, que no abraza constantemente a las personas y que siempre ha sido así; quizás aquí radique el cuestionamiento que le hacen sus demás compañeros, pues la forma de expresar afecto, los modales empleados y hasta su postura corporal están sujetos a una censura que prescribe los modales de uno y otro sexo. En ese mismo sentido, se niega a responder sobre lo positivo de ser mujer o de ser hombre, pues dice que lo positivo de una persona, lo hace lo que piensa y lo que es. La posición de la joven rompe con el esquema de sus demás compañeros al punto de cuestionar los horarios, el uniforme y la pedagogía de los maestros. A este respecto, comenta: "me dicen que soy inteligente y que tengo capacidad, pero soy muy perezosa y no hago tareas; es que no me gustan esas tareas de escribir, lo que ya leí... no hago esas tareas, a no ser que sea una profesora que las revise en el cuaderno", afirmación que es una clara muestra de *oposición*, pero también del temor que infunde el control escolar.

El cuerpo y las rutinas cotidianas fuera de la escuela

Incluso las rutinas, el "goce y el disfrute corporal son un asunto de oportunidades recreativas y posibilidades económicas" a las que

también se somete el cuerpo. Las manifestaciones de la corporalidad en los jóvenes entrevistados se realizan alrededor de rutinas cotidianas que se desarrollan en función del horario escolar; no obstante, estas rutinas tienen características diferentes de acuerdo con las oportunidades de formación, recreación y participación que los entrevistados encuentran, dependiendo no solo de los recursos económicos de los que disponen, sino de las alternativas que ambos contextos socioculturales les ofrecen. Así, por ejemplo, mientras las jóvenes estudiantes de la institución católica y privada tienen la oportunidad de asistir a exposiciones, ferias, museos y centros de actividad cultural, los jóvenes de la institución técnico–comercial permanecen en el hogar, al cuidado de los miembros de menor edad en su familia, o bien colaboran en las actividades de las que la familia deriva su sustento económico, a partir de las que terminan interiorizando roles de género estereotipados que responden a las expectativas socioculturales, pero sobre todo a las necesidades de la organización social y familiar tradicional.

La interiorización de los roles de género tradicionales, sin embargo, se realiza en función de dispositivos sutiles, pero efectivos, en las jóvenes entrevistadas en ambas instituciones. La vida de ellas transcurre en la escuela, el hogar y la calle, manteniendo contacto diferente con su familia, pues mientras las jóvenes que cuentan con recursos económicos aparentemente tienen más oportunidades para ser más autónomas respecto al manejo de su tiempo por fuera de la institución educativa, las jóvenes de escasos recursos tienen un contacto más cercano con su familia, lo que de alguna forma las perpetua en su papel de niñas, de las hijas que asumen el rol de apoyar a la madre en las tareas de cuidado de la familia, aspecto que se refleja en la representación gráfica que hacen del cuerpo y en las respuestas a la entrevista.

No obstante, la interiorización de los roles de género tradicionales no tiene distingo por nivel socio–económico, pero sí parece tener matices en función de las oportunidades de participación y discusión con sus maestros, además de la variedad de prácticas pedagógicas relacionadas con la corporalidad, aspecto que trataremos más adelante.

Las rutinas cotidianas de las jóvenes en el colegio privado católico son más variadas: salir con las amigas, ir a una exposición, visitar centros comerciales, chatear con los amigos y amigas, navegar por Internet, escuchar música, tocar algún instrumento musical, y en otros casos, visitar a un familiar o asistir a ceremonias religiosas. Indudablemente, la variedad de estos escenarios contribuye a desarrollar una expresión de la corporalidad diferente, pues, en primer lugar, se trata de actividades que ellas eligen por sí mismas y a las que pueden ir acompañadas de sus amigos. Las oportunidades que ofrece el entorno sociocultural son importantes, pero también que ellas sean de fácil acceso para los jóvenes, en lo referente a sus costos económicos.

El goce y disfrute de algunas de las actividades mencionadas no se liga únicamente a las posibilidades económicas, sino al desarrollo de prácticas pedagógicas dentro de la escuela en las que el proyecto de vida personal de las jóvenes se pone en cuestión, se reflexiona y se proyecta. Este asunto, sin embargo, es un ejemplo de la disociación en que se mueve la institución educativa, dado que se trata de una propuesta de algunos de

sus maestros y no de la propuesta educativa institucional que continúa ligada a una visión tradicional de la mujer.

Este tipo de prácticas pedagógicas, sin embargo, no se encuentran en la institución técnico–comercial. Los estudiantes de esta institución no tienen alternativas de formación o recreación por fuera de la escuela, sin embargo, esto tiene variaciones dependiendo de si se trata de mujeres o de hombres.

En relación con la vida cotidiana, se observa que la rutina semanal de estas jóvenes se define esencialmente por la actividad escolar, sin que exista un acento particular sobre otra actividad que no sea hacer las tareas escolares. Ellas han aprendido que el horario escolar es el eje de su actividad, al punto que se ha convertido en una forma de disciplina que permanece impuesta desde fuera, sin que se la asuma como una forma de autorregulación personal ya interiorizada. Además, a la rutina que impone el horario y las tareas escolares se suman las actividades familiares, en las que el cuidado de niños, por ejemplo, conduce a que adopte el rol maternal, lo que se justifica en razón a que otros miembros de la familia son quienes deben traer el sustento económico.

Fuera de la escuela, las rutinas para los jóvenes estudiantes de la institución técnico–comercial, los espacios de interacción social se restringen, pues, de acuerdo con las respuestas de los entrevistados, existen pocas alternativas para los jóvenes de escasos recursos. En consecuencia, las oportunidades se tienen en la calle, jugando fútbol con los mismos compañeros en la cancha comunal del barrio y visitando a sus mismas compañeras de clase; a esta falta de oportunidades, se suma la relación con otros jóvenes de mayor edad, con quienes se comparte el consumo de drogas y también la necesidad de demostrar que se tiene poder.

Hasta aquí, podría decirse que las manifestaciones de la corporalidad presentes en los jóvenes estudiantes en el instituto técnico–comercial de educación pública se limitan y constriñen en función de tres aspectos:

El primero de ellos se relaciona con la interiorización que la mayoría de los jóvenes han hecho de normas explicitas e implícitas que definen la apariencia, los modales, el comportamiento y la formas de expresión en función del sexo biológico bajo dos perspectivas opuestas, femenina y masculina, sin que se incluyan otras alternativas diferentes. Desde la institución, ser mujer y ser femenina equivale a estar bien presentada, ser saludable, virtuosa, disciplinada, laboriosa y discreta, el tipo de mujer que se prepara para el trabajo en las fábricas, el tipo de labor que una participante como Jenny aspira a tener. Ser hombre y ser masculino es ser ágil, resistente, fuerte y disciplinado, porque se necesita demostrar que se es vigoroso y aprender a obedecer y resistir para demostrar que se es capaz, que se tiene palabra de varón a pesar de las consecuencias, como dice James, otro de los jóvenes entrevistados en la institución técnico–comercial.

El segundo aspecto se refiere a la casi imperceptible prescripción acerca del comportamiento de hombres y mujeres a través de exhaustivas revisiones del uniforme en las que se elige a uno de los estudiantes del mismo grupo para que sea el encargado de realizar tales chequeos, dispositivo que progresivamente actúa como un mecanismo encarnado,

como una forma de autorregulación; en esta forma, los rituales de verificación de los uniformes se hacen a diario antes de iniciar las clases. Como consecuencia de este control, otros significados de la corporalidad femenina y masculina se convierten en objeto de crítica o burla, por ejemplo, el no querer usar una falda como uniforme; el proponer no diferenciar a hombres y mujeres y, en lugar de ello, hablar de personas, murmuraciones ante las que hay que rebelarse o *llorar a solas*, cuando no se está en el salón de clase.

El tercer aspecto se refiere a la eliminación o minimización de actividades de corte lúdico y deportivo, razón por la que no se tiene formación en danzas o en artes escénicas ni artísticas, en especial para los estudiantes de grado once, pues se privilegia la preparación en asignaturas del énfasis comercial, que los capaciten para una futura labor; además, se asume que de sus buenos logros dependerá el ingreso a la educación superior pública. El horario escolar minimiza las actividades lúdicas y deportivas, además de que el espacio también las reduce.

En lugar de ello, las manifestaciones de la corporalidad en las jóvenes estudiantes del colegio privado y confesional se limitan en función de dos aspectos.

El primero se relaciona con la interiorización de normas explicitas e implícitas que definen la apariencia, los modales, el comportamiento y la formas de expresión corporal. Ser mujer equivale a estar bien presentada, ser virtuosa, disciplinada y afectuosa, el tipo de mujer que se prepara para el matrimonio, la vida en pareja heterosexual y la crianza de los hijos, como reflejo del ideal de la maternidad y la familia tradicional.

El segundo aspecto se refiere al control que se ejerce con las revisiones del uniforme, dispositivo que actúa como un mecanismo encarnado que causa molestia, pero que se acepta y reclama. Como consecuencia de este control, la corporalidad femenina se convierte en meras quejas y desacuerdos que se invisibilizan por temor a la sanción; las formas de expresión de afecto también se controlan y disciplinan, pues la heteronormatividad se privilegia para preservar la existencia de la familia nuclear tradicional, a imagen y semejanza de la doctrina religiosa.

En conclusión, las tecnologías del Yo en jóvenes de los dos contextos institucionales apuntan a la formación de su corporalidad, privilegiando formas heteronormadas que garanticen la formación de mujeres y hombres disciplinados, dispuestos a obedecer y cumplir, docilizados, pero escindidos de sus intereses. Sin duda, se trata de jóvenes que se cuestionan y preguntan acerca del sentido que tiene la formación educativa, pero también es claro que tales cuestionamientos son un reflejo de las oportunidades de socialización y formación a las que han podido acceder; en esta medida, se advierte con claridad que el proyecto formativo de los jóvenes de escasos recursos es formar obreros para las empresas.

Discusión de resultados

La escuela, esa institución que ha prevalecido a lo largo de la historia como modelo de formación de niños y jóvenes, está justificada desde su ser y quehacer como garantía de universalidad y eternidad, tal como lo afirma Varela (1991). Las prácticas educativas que allí se ejercen poseen un direccionamiento claro y definido que se ejerce en cada una de

las dimensiones del ser humano: espiritual, corporal, académico y, por tanto, se justifican como salvaguardias de la formación de las futuras generaciones. Es en la escuela donde los, niños y jóvenes aprenden el arte de comportarse en sociedad, donde se les direcciona espiritualmente, a partir del ejercicio de los sacramentos, y donde la imposición del conocimiento se ofrece como garantía de un futuro promisorio.

La escuela actúa como un *espacio de encierro* que separa el mundo real del mundo banal, buscando ofrecer verdaderas garantías de felicidad bajo los imperativos de la razón, modelo que permanece como guardián de la historia, pues solo bajo la sumisión y la obediencia podrán formarse buenos y piadosos cristianos que entrarán al cielo. Es en el ordenamiento reglamentado de cada uno de los espacios escolares, en las reglas de los manuales de convivencia, en el uso de los uniformes y en el manejo de la corporalidad en el aula que se aprende a o*cupar tu tiempo, ordenar tu mente y silenciar el cuerpo,* como también lo señala Vega (2010).

En tal sentido, la pedagogía continúa desarrollando prácticas de la educación corporal que lo siguen fragmentando, pues la división mente–cuerpo se mantiene en la medida en que privilegia la formación de la razón, como evidencia de éxito y progreso. No obstante, se aprecian diferencias notorias entre el proyecto formativo de la escuela privada y la escuela pública, a pesar de que ellos se enuncien en forma de competencias curriculares, en las que las asignaturas permanecen como parcelas que se encargan de formar dimensiones de la persona, más que esferas de desarrollo humano.

Las prácticas de formación apuntan a la creación de un cuerpo saludable, una mente sana, un cuerpo femenino perfecto que se embellezca por el disciplinamiento de sus movimientos, como recuerdan las *geishas* japonesas que, con sus menudos movimientos, aprenden cómo satisfacer el poder masculino. De un cuerpo masculino fuerte, poderoso y dominante, capaz de violencia cuando sea necesario probar que es hombre. De estas prácticas poco se ocupa la escuela pública, pues el cuerpo de los empleados de las fábricas no se forma para descansar, captar las tensiones de su cuerpo, las posturas o los movimientos suaves que suponen actividades como la danza artística.

Prácticas de la pedagogía corporal como el teatro, el ballet y el dibujo artístico se prescriben en el currículo de la escuela privada, en tanto que en la escuela pública no se las tiene; además, se conservan prácticas comunes como la educación física, con un contenido gimnástico y deportivo, pues a la primera le corresponde la formación de hombres y mujeres que aprenden a trabajar unidos, en serie y en equipo, como conviene a la producción que demanda la escuela y la sociedad productiva. Estas prácticas recuerdan las explicaciones que Foucault (s. f.) nos hace acerca de la forma como la ciencia se transforma en vigilancia del propio cuerpo y autodisciplinamiento como forma de control social.

Más allá de esto, las prácticas como el teatro corresponden a la formación de la sensibilidad femenina, el fingimiento y control de las emociones que supone la mimetización del cuerpo en escena, donde se puede ser lo que no se reconoce en otros escenarios sociales. Prácticas como el ballet controlan y

disciplinan el movimiento, en este caso, el de las mujeres que tonifican el cuerpo, conservando su silueta y la juventud que se exalta en el mercado.

Como señala Pedraza (2011):

> Hablar del cuerpo es imaginar otro ser humano, con nuevas capacidades, perspectivas, necesidades, deberes, limitaciones y sensibilidades. Se precisan saberes adicionales para definir y conformar al individuo que afronta la urbanización, la industrialización y la técnica, y que debe hacerlo atento al impacto nocivo que estos fenómenos tienen sobre él, pero también reconociéndose como agente de progreso, riqueza, bienestar y felicidad (p. 282).

Este ideal de la Ilustración se conserva en la escuela, de modo que la educación física, por ejemplo, se ocupa de la disciplina y el orden aplicado a los músculos y la cinética corporal; la gimnasia del ritmo, la regularidad, la rutina y la precisión, de la energía que exige la actividad productiva.

La energía que requiere un trabajador de una fábrica se expresa en disciplina, fuerza, resistencia, regularidad y obediencia, incluso sumisión, pues no se trata de tareas en las que la eficacia y el resultado son decisivos. La energía que necesitan los profesionales del sector empresarial, por el contrario, supone dinamismo, innovación, creatividad y capacidad de movilización individual y colectiva, pues se trata de ordenar la estructura empresarial.

Este tipo de prácticas en ambos colegios, sin embargo, se afianzan en la idea de una práctica colectiva, ya sea de ballet o de una coreografía de baile, pues en esa forma, la mirada del otro se convierte en la propia mirada que disciplina y califica la calidad del movimiento que también se asocia con la belleza, con la estética del cuerpo. La formación de la disciplina física se convierte en una forma de control moral en la que el uso de uniformes, el control y la delicadeza de los movimientos, la virtuosidad de las ejecuciones artísticas también contribuyen a la perpetuación de ideales de belleza que ahora se acentúan con el acceso a las cirugías y terapias alternativas que algunos jóvenes ansían como una forma de comprobar que conservan la juventud , son bellos y se acogen a las expectativas culturales.

Otras prácticas como la formación artística y teatral abren las puertas a la vida cultural de élite que muchos otros jóvenes no pueden cultivar, ni conocer. Entre otras razones, porque la referencia a la vida artística y cultural acerca más al mundo que comparte los estereotipos de belleza masculina y femenina que circulan en la sociedad, en especial cuando nos referimos a manifestaciones artísticas que no se enfocan en repensar la vida social cotidiana de modo critico, sino de reproducirla y mantenerla, como formas de la relación de la élite social, de las buenas formas de la cultura que las jóvenes de un colegio privado, de alto estrato socio–económica e inspirado en la representación de la Virgen María, ejemplo de mujer y madre.

Desde los salones de clase se puede controlar todo: el tiempo, los movimientos, las miradas, los silencios, no solo desde el docente, sino sobre ese cuerpo aparentemente impávido y congelado en el tiempo. No obstante, desde la escuela también se crean nuevos escenarios de diálogo, nuevas formas

de ser, nuevos códigos que solo se hacen evidentes cuando se abren las puertas a asignaturas como el arte, siempre que el cuerpo sea capaz de hablar, de expresarse en otro código que no sea la racionalidad que impone el lenguaje, en cuanto código socializado de comunicación.

En el patio escolar, ya no hay diferencia entre el sector empresarial femenino y el de obreras de la fábrica; allí los cuerpos obedecen, de modo que la danza deja de ser el goce del cuerpo para ser el goce a gusto de quien dirige.

La economía del tiempo es necesaria también para garantizar resultados efectivos; es entonces cuando se sobrecargan las horas con academia, saturación que inhibe la expresión de las emociones. No hay tiempo más que para responder por los deberes y las tareas y manejar el estrés, incluso para mantener un cuerpo saludable.

Esa es la escuela aquella de la que habla Foucault (2002), donde "el cuerpo singular se convierte en un elemento que se puede colocar, mover, articular sobre otros". En ultimas, no importa si se estudia en un colegio privado o público, el fin es el mismo, las estrategias son las que cambian, solo se trata de pequeñas modificaciones para que la historia siga su marcha.

El desarrollo de las entrevistas con los jóvenes representó un desahogo ante la opresión que representa la historia cultural y pedagógica. Un desahogo que quizá solo dejará de existir cuando la institución educativa forme en verdaderos procesos argumentativos y críticos que permitan a unos y otros, estudiantes y maestros, ser cuerpos, ser vida y asumir críticamente su realidad. En este sentido, surge la necesidad de profundizar en otros elementos del problema, el cuerpo censurado de aquellos que retan la heteronormatividad en el espacio escolar, precisamente porque el temor a la censura, la crítica, la descalificación y la exclusión representan temores evidentes en las formas de interacción de los estudiantes.

La escuela y su vigilancia sobre los cuerpos, en su afán de disciplinar y crear cuerpos productivos, termina por normalizar lo que se considera apropiado, binarizando el comportamiento de unos y otros, forzando que todos los cuerpos se sometan a este control que se transforma en temor, pero también en la posibilidad de oposición, solo que, en el caso de los entrevistados, se convierte en temor, desdén y apatía por una escuela que los induce a fingir, a actuar como en el teatro.

Es necesario referirse a otra arista del problema, la escuela que forma cuerpos productivos incita a la contrarreacción, es decir, al fraude como una forma de evadir la presión de la exigencia que desconoce las posibilidades e intereses individuales en materia de formación.

Por último, creemos que hay un cuerpo que nombrar, y es el de los maestros, pues ellos también tienen una representación de realidad del cuerpo de los jóvenes, del cuerpo de los adultos y del cuerpo institucional desde el que intervienen; en esta forma, la pregunta por el cuerpo de los docentes bien cabe como una ruta de reflexión, en este campo, en razón a que ellos parecen inhibirse a causa de la dificultad para reflexionar sobre las implicaciones del sistema sexo–género en la relación con sus estudiantes, por temor a la sanción que fija la normatividad educativa que los regula.

Conclusiones

El problema fundamental del que partió esta investigación fue determinar el papel de la escuela en la representación del cuerpo en los jóvenes. Es claro que el cuerpo no es solamente esa dimensión biológica anatómica y reduccionista a la que tal vez nos tiene acostumbrados la mayor parte de la historia del pensamiento científico. El progreso de la ciencia poco o nada aporta en la interpretación del cuerpo femenino o masculino, aunque en cierta medida esta haya sido un mecanismo de poder para la diferenciación de los géneros, de los cuerpos.

Las escuelas representan dispositivos de poder destinados a adiestrar los cuerpos, de modo que alcancen la virtuosidad y el rol social, de forma que se conviertan en cuerpos disciplinados y productivos, función que les corresponde a la estrategias pedagógicas, como el llamado de asistencia, el control de los horarios de llegada, la pesquisa sobre el uniforme, el rechazo a las expresiones de afecto entre personas del mismo sexo, la crítica sobre la apariencia personal y, especialmente, la mirada *panóptica*, que vigila el cumplimiento de las normas. Una de las más llamativas por disgregadoras, a nuestro juicio, los mismos estudiantes en el rol de vigilantes.

La convivencia se ordena en un manual, del que generalmente se conocen las medidas disciplinarias frente a las faltas y los criterios de evaluación, pues quien no se someta a ellos puede ser considerado como el rebelde, el diferente, y corre el riesgo de ser expulsado por transgresor.

La construcción de relaciones de alteridad se niega, pues son mayores los espacios de censura, prohibición y ocultamiento sobre el cuerpo, sobre la libertad de expresarse, provocando una vorágine de sensaciones en las que la convivencia es reemplazada por el control disciplinar y por el propio autocontrol. En estas condiciones, es preferible mimetizarse y pasar desapercibido, pues la critica ajena puede terminar por excluir a los jóvenes del proceso educativo.

Por último, esta comparación entre dos contextos institucionales localizados en diferentes ciudades muestra que no es mucha la diferencia que se puede establecer entre ellas, en razón a que el rol de la escuela se ha universalizado y aquello que parece marcar la diferencia es la procedencia socio–económica en la que se ha desarrollado el individuo.

Referencias bibliográficas

Benítez, A., Cano, M., Fuentes, L., González, A., González, F., Puentes, M., Puerto, A., Uribe, B. y Rodríguez, E. (2007). *Los cuerpos en espacio de la escuela: Línea cuerpo y subjetividad*. Bogotá: Escuela Normal Superior Distrital Montessori, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico.

Bourdieau, P. y Passeron, J. (1977). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Barcelona: Laia.

Bowles, S. y Hintis, H. (1985) *La institución escolar en la América capitalista*. Madrid: Siglo XXI.

Dussel, I. (2007) Los uniformes como políticas del cuerpo. Un acercamiento foucaultiano a la historia y el presente de los códigos de vestimenta en la escuela. En Pedraza Gómez, Z. (comp.), *Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina* (pp. 131-160). Bogotá: Uniandes.

Cuestas, M. y Muriel, G. (2007). Representaciones de lo femenino y lo masculino en jóvenes escolares de dos colegios distritales del sur de Bogotá. En Escobar, M.,Mendoza, N., Cuestas, M. y Muriel, G. (comp.), *De jóvenes. Una mirada a las organizaciones juveniles y a las vivencias de género en la escuela*. Bogotá: Circulo de Lectura Alternativa y Fundación Antonio Restrepo Barco.

Foucault, M. (s. f.). El sujeto y el poder. Recuperado de http://www.philosophia.cl/biblioteca/Foucault/El%20sujeto%20y%20el%20poder.pdf

Foucault, M. (s. f.). *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Recuperado de http://www.librodot.com

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.

García Canal, M. (2010). *Foucault y el poder*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Gómez, R. y González, J. (2003). *Design: Designar/Diseñar el cuerpo joven y urbano. Un estudio sobre la cultura somática de los jóvenes integrados en Cali*. Cali: Universidad del Valle, Instituto de Educación y Pedagogía, Colciencias.

Laqueur, T. (1990). *La construcción social del sexo: de los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra.

Martínez Boom, A. (1997). *Escuela, historia y poder. Miradas desde América Latina*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

Moreno, W. (2009). El cuerpo en la escuela: los dispositivos de la sujetación. *Currículo sem Fronteiras*, 9,(1), 159-179.

Pabón, C. (2002). Construcciones de cuerpos. En Instituto de Investigaciones de la ESAP (comp.), *Expresión y vida prácticas en la diferencia. Grupo de Derechos Humanos* (pp. 36-79). Bogotá: ESAP.

Pedraza, Z. (2011). *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad, educación. Cuerpo y orden social en Colombia, de 1830 a 1990*. Bogotá: Uniandes.

Sarmiento, A., y Bello, M. (2008). *Proyecto de innovación pedagógica: el lenguaje del cuerpo y la comunicación como espacio para la convivencia*. Bogotá: Institución Educativa Distrital Toberín, Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico.

Varela, J. y Álvarez, F. (1991). La maquinaria escolar. En Varela, J. y Álvarez, F. (1991), *Arqueología de la escuela* (pp. 13-54). Barcelona: La Piqueta.

Vega, V. (2010). *Cuerpo, diálogo y educación. Una aproximación desde la fenomenología*. CINDE.

Universidad Pontificia Bolivariana. (1995). Medallo en el corazón. En Universidad del Valle, Universidad del Quindío y Universidad Pontificia Bolivariana (1995), *La ciudad nos habita, proyecto Atlántida: adolescencia y escuela*, 3, 7-139.